VERBO NUEVO

PUBLICACIÓN QUINCENAL DE DOCTRINA Y COMBATE

AÑO X | ORGANO DE LA FEDERACIÓN O. P. SANJUANINA. EX-ADHERIDA A LA FEDERACIÓN O. REGIONAL ARGENTINA Y A LA A. I. T. | NÚMERO 89

REDACCIÓN Y ADM: MENDOZA 110 | San Juan, (Rep. Argentina) 1.o de Febrero de 1929 | PRECIO: 10 CTVS.

:: *Hacer anarquismo* ::

Revolucionarismo morboso

V

Hace tiempo que el anarquismo definió su concepto de la revolución. Ella no puede ser más que el resultado de una aspiración superior de los pueblos, fundada sobre una nueva interpretación de la vida. Pero no tendrá siquiera principio ni fin. No es posible adelantar previsiones sobre su iniciación, su trayectoria y su culminación en hecho cumplido de transformación social, según la concepción anarquista.

Esta opinión, se dirá, no obliga a nada. Es neutra o evolucionista en el mejor de los casos. Pobre, en fin, de sentido concreto.

Eso según quienes la emitan y la clase de tendencias que se trate de justificar con ella. Puede servir a los mesiánicos, a los fatalistas y aun a los reaccionarios para fundar sus distintas actitudes frente a la imperiosa necesidad de operar un cambio trascendental en el sistema de las relaciones humanas, que permita al hombre una amplia satisfacción de sus anhelos de felicidad.

No es lo mismo para los anarquistas. Nosotros impulsamos, en nuestra acción cotidiana, dirigida a una finalidad concreta, la idea de la revolución. Empero no nos es dable establecer como empezará y mucho menos donde terminará, pues para la eternidad de la vida no rigen formas definitivas, y lo que hoy es decisivo como alta y bella concepción de convivencia social, esto es, la concepción anarquista, mañana será considerado transitorio, fugaz o nocivo por las generaciones que lo vivan. En la obra de perenne ascención por los caminos infinitos del progreso, la Anarquía sólo será una etapa más o menos brillante de la historia de la Humanidad.

Por lo demás, sería torpe fijar condiciones a la revolución. Ello implicaría repetir la historia, no rectificarla. Sería tanto como prolongar los artificiosos sistemas de entendimiento entre los hombres, entendimiento que no puede ser perdurable ni inspirándose en los propósitos más trascendentales, si no es espontáneo, sugerido por un pensamiento y un sentimiento comunes, por lo menos en su expresión más sustancial. Las revoluciones hechas así, fueron siempre politicas y no llenaron más que objetivos politicos. La revolución social es humana por sus proyecciones libertarias, y no puede ser decidida, organizada y verificada con arreglo al criterio particular de una fracción de hombres, sino la manifestación del pensamiento y de las aspiraciones predominantes en una época determinada de la historia; pensamiento y aspiraciones cuya encarnación en el alma popular dependerá siempre más del esfuerzo que los anarquistas ejecutemos en ese sentido, que de todo otro factor eventual concurrente, pues estos no obran sino como motivos externos, es decir, como elementos de juicio para ilustrar la conciencia de los hombres, pero no deciden por su sola fuerza la voluntad de los pueblos para conquistar un solo grado más de libertad.

Es e[illegible] que la violencia no puede s[illegible] como una necesidad de [illegible] para propulsar el pensami[illegible] revolución. Llegará indudable[illegible]e el periodo anhelado de la violencia sistemática y sistematizada, no organizada. Será aquel en que tados los oprimidos, y todos los que sin ser oprimidos en el aspecto político y económico de su vida, como los trabajadores, sientan la opresión moral que se deriva de un régimen de prepotencia como el presente, ávido de sofocar las manifestaciones más elevadas del espíritu humano, y se propongan sacudirla en una suprema convulsión de las almas ahitas de sufrimientos. Entre tanto, toda exteriorización de la violencia aislada, ha de tener como justificativo una causa más o menos notoria, una causa que la acredite ante la conciencia actual, que ya no es tan refractaria al sentimiento de la justicia, como la conciencia pretérita, y de ello informan elocuentemente la admiración y el respecto con que han sido contemplados por la opinión los actos heroicos de Wilkens y Radowitzky, mientras repudia o le son indiferentes tantos otros, carentes de motivos serios y casi siempre torpemente ejecutados en perjuicio de hombres inocentes, cuya indiferencia por los problemas sociales no es bastante para exponerlos a las consecuencias de un atentado mal concebido.

No pretendemos decir nada nuevo a este respecto. Teoricamente el anarquismo oficializado en los dos sectores más preponderantes del movimiento, converge en lo fundamental de este criterio en torno a la violencia, pero en la práctica—y he ahí el porque de nuestro tesón en hacer anarquismo pristino, por encima de la fracciones que pretenden monopolizarlo—ambas toleran ciertas manifestaciones de la violencia, no ya repugnantes a la conciencia pública, que eso sería lo de menos, sino también inconciliables con la propia interpretación anarquista de esos actos, que no pueden tener una aplicación insensata, desprovista de todo razonamiento y trasunto fiel, en muchos casos, de una pasión morbosa, enfermiza, que busca expansión en la tragedia inútil.

Es que al precio de esa tolerancia se compra la adhesión incondicional de ciertos elementos, los más psicológicamente averiados, para eternizarse en determinadas posiciones aquellos personajes impúdicos que han hecho de sus cargos retribuídos verdaderas canongias, y de su opinión, un pontificado indiscutible. Así, la colectividad, cuyo espiritu influyen desde esferas propicias para la susgestión, descansa plácidamente, arrullada por la creencia de que todo es límpido y trasparente en el panorama de sus actividades, sin pensar ni remotamente que los vicios más rudamente vituperados desde cierta tribuna, son los que mayor arraigo tienen en el movimiento que propicia. Ignora que la delincuencia vulgar, en sus más hondas expresiones, tiene guaridas tenebrosas en el anarquismo, habiendo quienes viven de eso y para eso, con perfecto conocimiento y aquiescencia de las bonzos más destados de una nueva religión de mercaderes. Individuos viciados por el régimen predominante que han venido a nuestros medios impulsados por su odio al rico y al prepotente, no al sistema que creó la riqueza y la indigencia, la autoridad y la obediencia, contaminaron con sus actividades oscuras, disfrazadas de pasión revolucionaria, muchas almas bien intencionadas, depositando en ellas el veneno llamado a paralizar su sensibilidad, y hoy sirven para todo, menos para dignificar el ideal: para ejecutar designios ajenos o propios, sugeridos por su afán de vivir sin trabajar, para amparar las más atroces villanias y aún abofetear o realizar actos peores contra el compañero a quien le han señalado como elemento peligroso para la estabilidad de los mitos, a cuyo nombre se realizan operaciones simoniacas.

Ya se habrá intuido que nos referimos al sector más puritano del anarquismo regional, donde la hipocresía y la farsa son normas invariables por parte de sus areópagos, dedicados a prestigiar justamente aquello que menos prevalece como principio moral en el aspecto interno de su propia actuación. El otro sector oficializado no hace un culto de la moral, y su concepto primitivo de la violencia como el de la expropiación, justifican ampliamente determinadas empresas en perjuicio de la vida y la bolsa de los ricos, que por lo menos no son tan respetables como la vida y el patrimonio de los trabajadores, reunido en sus cajas sociales para aplicar a nobles fines.

Y si por esas rutas no se arribará jamás a buen puerto; si por ellas no se llegará nunca a la rehabilitación del nombre, sobre la base de la solidaridad y del amor humano, por lo menos no se encubren con declamaciones ideas que no se interpretan sino en su faz combatiente, no en su aspecto constructivo.

Interpretaciones

Que late en la conciencia del hombre la noción del progreso es verdad. No todo puede ser retardatario. La misma necesidad de vivir impone la obligación de progresar. Se avanza por impulso propio o por fuerzas de reflejo, pero se avanza.

La quietud no es posible. El hombre tiene pasiones y anhelos inherentes a su propia naturaleza de ser sensible. No podría sustraerse a ellos sin renunciar a su misma vida. Por algo ha escrito una historia, trazando un inmenso ciclo de evoluciones.

En esa facultad creadora del espíritu humano radica el sentido de la existencia. A no ser por esa condición ya se hubiese extinguido la estirpe de los hombres, que es destino fatal de las razas inferiores.

El anarquismo ha descubierto ese sentido en el alma humana y a él consagra los destinos de la sociedad. Lo ha descubierto y lo ha interpretado en sus manifestaciones más esenciales.

No es que la evidencia de ese sentido sea extraña a la ciencia oficial ni a la doctrina de algunos partidos. Más la divergencia resulta del modo de aplicarlo. Mientras que el anarquismo desarrolla y propulsa esa inquietud por una eterna renovación, la sociedad la combate en cuanto ella traspone normas artificiales, determinadas por la conveniencia de las minorías privilegiadas. Puesto en el trance de discutir, los elementos conservadores, terminan por reconocer la realidad del progreso. Pero tiene para ellos un punto de partida y una finalidad particulares. Lo suponen obra de unos cuantos y no resultado de una tendencia colectiva. Y como pretensos propulsores de las aspiraciones y las energias creadoras del espíritu humano, se arrogan el derecho de absorber sus mejores frutos. De ahí el afán perenne de dirigir, encarnado en el alma de los triunfadores, de los que merced al esfuerzo del conjunto lograron elevarse a la posición de clase superior. Superior, se entiende por su condición material frente a la situación paupérrima de las mayorías laboriosas.

La democracia y el socialismo no han rectificado esos conceptos; por el contrario se erigieron sobre ellos para asumir funciones de gobierno. Esa preocupación les exigia dejar subsistentes las causas que hacen infeliz la suerte de los pueblos. La libertad de expresarse como personalidad colectiva autónoma, capaz de bastarse a si misma, mediante el ejercicio independiente de sus facultades, continúa siendoles desconocida.

El vicio añejo se repite. La cadena que secularmente aferrara su voluntad a los designios ajenos sigue prolongándose. Sus eslabones no son menos sólidos que los que oprimieran en las generaciones fenecidas.

En la interpretación de motivos cristaliza la acción de unos y de otros. Para los anarquistas el progreso es la consecuencia del esfuerzo de todos los hombres y debe proyectar sus beneficios sobre todas las criaturas. Y aún extremando el concepto, podrá consta-

tarse que es el resultado del esfuerzo de unos cuantos, los más inteligentes y más activos, que no son precisamente los que más lo usufructuan. Existe un parasitismo absorbente cuyo rol se limita a rodearse de comodidades hasta lo superfluo, a expensas de la fatiga, por tal razón excesiva, de los que trabajan, en una constante actividad mecanizada, a los que se les priva de todo derecho, incluso el de protestar de su condición de esclavos.

Por eso la finalidad de los partidos está reflejada en la necesidad de conservar intereses, manteniendo esta situación irritante. Aún allí mismo donde presumen destruir esos intereses, los crean.

No hay necesidad de puntualizar hechos. Son tan vulgares que sería oneroso señalarlos una vez más.

Si nos atuviéramos a un pretendido fatalismo histórico, podríamos sin duda justificar este pecaminoso estado social. Pero con ello no proyectaríamos en la ruta diáfana que va al porvenir. Y reclamar cordura a los hombres, imbuidos de preocupaciones anacrónicas, a los fines de dirigir las acciones comunes en forma que satisfagan los anhelos del espíritu y las necesidades del cuerpo, inherentes a todos, sería tarea vana. A este respecto algunos ensayos han evidenciado un total fracaso. Sin renunciar a la tarea de elaborar en la conciencia humana el afán de superar la vida, no puede postergarse ni por un momento el propósito de revolucionar la sociedad.

Las clases dominadoras rinden un lógico tributo a la tradición. (No siempre lo lógico tiene algo que ver con lo razonable). Es tan propio de su ideología esa inclinación, como es a los seres la necesidad de perecer. Detener el cumplimiento de esa ley rígida, es cosa imposible.

Trasladad el símil a los dominios del mundo superorgánico, a la faz social de las relaciones humanas, y hallareis el paralelismo de ese hecho.

Cada ser se traza su propio círculo de desenvolvimiento. Lo recorre, y si no lo excede, perece. Así, inhibidos por lesiones morales hereditarias, muchos hombres no pueden romper los muros en que los encerrara el prejuicio y deberán perecer entre ellos. Y son tan sombríos, tan opuestos a las necesidades del presente, que su desaparición es reclamada como un imperativo de los tiempos.

El anarquismo no es una tendencia sentimental de determinados espíritus, ni un postulado apriorístico, si fundamento científico. Se explica perfectamente los motivos de cada situación histórica, pero no las acata. Para materializar sus objetivos debe luchar contra los obstáculos opuestos por la impertérrita adhesión a lo vetusto. Estos están representados por el hombre y no por abstracciones de carácter institucional, pues las instituciones no son más que el resultado del pensamiento de quienes las constituyen y de quienes la consagran con su adhesión. Mientras ellas prevalezcan expresarán un estado de cosas opuesto a la razón. Y la razón no se impone por su sola virtud; requiere el apoyo de la fuerza para triunfar, por que así lo quiere la sinrazón de los demás, aferrándose con mayor fuerza al absurdo cuanto mejor florece en las conciencias libres el sentimiento de la justicia.

El problema no es tan complejo como lo advierten los pusilánimes. Su solución está encarnada en ese único concepto. Darle vueltas, rodearlo de reparos no es negarlo, pero tampoco es resolverlo. Al fin de cuentas se impondrá este imperativo ineludible: la revolución. Esto cuando se es sincero y lo suficientemente íntegro para aceptar sin restricciones la responsabilidad de un postulado.

La incapacidad de los partidos para abocar este problema en su verdadera faz, se harto manifiesta.

De que sólo al anarquismo corresponde su solución, no cabe dudarlo.

Disputénle quienes puedan esa virtud, pero sobre todo, ofrezcan la prueba convincente de que les corresponde.

Hasta ahora la posición más avanzada en el terreno de las concepciones emancipadoras, es enteramente nuestra. Ninguna fracción las ha ultrapasado, ni aproximado siquiera, como no sea en declamaciones subversivas, que los hechos han desvirtuado.

La causa está toda en una interpretación falsa de las necesidades del hombre y de su propia naturaleza. Radica, en fin, en una filosofía muy inferior plagada de vicios pretéritos.

La ley, resumen y concreción real de los partidos de gobierno, cualquiera que sea su matiz político, ni resuelve ni crea nada. Como resultado de preceptos artificiales, elaborados históricamente con los elementos de cada realidad nunca supera ninguna, pero las repite todas.

La nueva civilización ha de cimentarse sobre un cambio profundo de la mentalidad colectiva. Pero ese cambio no será total mientras no desaparezcan los factores que determinan ese hábito mental.

A ello se dirigen nuestros constantes esfuerzos.

José M. Acha.

La F. O. R. A.

y el anarquismo

Trazo histórico

(Conclusión)

En este aspecto también se parecen los foristas a los camaleones de la U. S.A., como una mano a la otra; como se parecen los dirigentes en eso de contar con fuerzas organizadas allí donde sólo existen algunos sellos sindicales y algún sinvergüenza que los maneja. Mendoza y Tucumán se hallaban en esa situación cuando el congreso de agosto.

Pueden darse por bien servidos, si, los organismos y militantes que a raiz del último litigio fueron arrojados del movimiento forista. No puede haberles tocado mejor suerte. De todos modos han salido ganando: se han librado de verse envueltos en la corrupción galopante que mina ese organismo y han salvado las cotizaciones de ser pasto de la voracidad de los tiburones que despedazan el movimiento desde los «puestos de responsabilidad». En cuanto a los núcleos obreros y a los militantes que, como el suscripto, se han retirado del mismo medio por propia voluntad, no pueden haber hecho cosa más acertada, y nunca tendrán porque arrepentirse, al menos mientras amen las ideas de libertad y de justicia por las que han luchado siempre. En dicho movimiento hubieran seguido sirviendo a la F.O.R.A. en perjuicio del anarquismo, y, lo que es peor, sirviendo de tapadera a las pillerías de los «solventes».

LA F.O.R.A. Y EL ANARQUISMO

Demostrado queda, pues, que entre el forismo y el anarquismo no existe ya ningún punto de contacto. Sin embargo todos los militantes de la F. O.R.A. se consideran anarquista, objetará el lector. Así es, ciertamente; pero no es culpa del anarquismo que se vean tales anormalidades. El *anarquismo* de los foristas tiene mucha semejanza con aquel que se plegó al maximalismo inmediatamente después de la revolución rusa; ese que mientras Néstor Makno guerreaba en Ukrania contra los soldados rojos y mientras los bolcheviquis ametrallaban anarquistas en toda Rusia, él se rompía las manos aplaudiendo a los verdugos del Kremlin. Si mañana los antifascistas abatieran a Mussolini y establecieran en Italia su dictadura, el forismo jugaría el mismo papel que los veletas del 1921.

De que se produjera aquel fenómeno tampoco tuvieron culpa las ideas anarquistas. Esos elementos, como los actuales foristas, no habían interpretado ni comprendido una sola de las sublimes ideas anarquistas; eran simplemente descontentos con el presente régimen social que hallaron la horma de su zapato en la dictadura del proletariado, como la hallarían los foristas en el triunfo del antifascismo.

Pero la causa que origina estos aspectos, la ley de ambiente que produce estos fenómenos radica en alguna parte, y es, a nuestro juicio, en que siempre hemos propagado mal las ideas que tanto queremos. La F. O.R.A., órgano predominante de la propaganda en la región, tuvo siempre mucho anarquismo en sus proclamas y declaraciones, pero muy poco en sus hechos; como institución de combate contra el capitalismo, fué siempre más luchadora que educadora. En este aspecto toda su obra es casi nula. Muchos combatientes, y hasta héroes, se han incubado a su calor, pero muy pocos anarquistas, muy pocos hombres de verdadero valor cultural, capaces de interpretar su ideal en toda su grandeza y de sentirlo a la vez. Pero como todo miembro activo de la F.O. R.A. tiene de hecho un compromiso con las ideas por actuar en un organismo embanderado en ellas, he aquí porque todo forista se cree un anarquista con todos los títulos. Y ahí, también, la causa del mal que tanto perjudica la marcha del anarquismo en esta región. Esos elementos, si son sinceros hacen daño y si son pillos hacen más daño. Y como de cada tres individuos hay en el mundo por lo menos dos pícaros, es de presumir que mientras éstos tengan libre acceso al movimiento obrero la redención de los pobres juanes no avanzará un paso. Los pícaros forman en la actual F.O. R.A. las camarillas que mangonean los sindicatos, los consejos locales y provinciales, y es muy natural, entonces, que el consejo federal esté formado por lo más sobresaliente de tales elementos: toda una pléyade de averiados morales. O, como dijo en pleno congreso de agosto un delegado del interior: «Todos son individuos muy solventes .. pero se comen los dineros de la F.O.R.A.

¿Qué amparo pueden hallar las ideas anarquistas a la vera de ese ato de pillastres? Por fortuna no son comestibles, pues ya se las habrían engullido. Lo malo es que ante los compañeros del exterior es esa gente la que representa el anarquismo de la región, y lo peor es que son sus manos puercas las que manejan el mejor vehículo de propaganda que hay en América: la imprenta de «La Protesta», para que el daño que causa el forismo a las ideas se complete y se extienda el corrosivo a todo el plano internacional. Aunque a la fecha debe estar bastante disminuido el crédito de los solventes en el extranjero. Y es lógico: han exportado tantos productos de mala calidad que han de haber perdido la confianza de muchos clientes.

PROPOSICIÓN

La salud del anarquismo regional, atacado de infecciones tan temibles como el forismo, requiere un tratamiento curativo rápido y enérgico. Como el pasmo, hay que atajarlo con tiempo y obrar sin contemplaciones con el paciente y menos con los factores del mal. En consecuencia los grupos obreros y culturales, así como los militantes del anarquismo que por todas las causas apuntadas nos hemos separado del forismo, debemos en primer término, declarar con la debida franqueza que somos enemigos de la F.O. R.A. y «La Protesta» tal como estas instituciones son actualmente; es decir, enemigos de su actual práctica y prédica; más claro si es preciso, enemigos irreconciliables de los elementos que orientan a la una y dirigen a la otra, que motivos de repudio sobran para tal actitud. Y como a enemigos, combatir a esos elementos donde quiera que actuen; desenmascararlos ante los trabajadores: exponer su candición de traficantes de las ideas, de cambalacheros de la propaganda, a quienes se les debe arrojar a cascotazos de los medios obreros, a donde acuden con la máscara de Quijote para satisfacer el apetito de Sancho. ¿Se precisan pruebas? Quien quiera pruebas que averigue en la debida fuente de información quien es Enrique Marín, quien es Huerta, quien es Ruffo, Papávero, Borrego y otros delincuentes de la propaganda; de qué vive Ismael Marti, Francisco Padrón, Correales y otros que ni siquiera son delincuentes comunes. Averiguese la vida de estos roedores del Ideal y se comprenderá cuanta razón hay para que seamos nosotros quienes tiremos un cordón sanitario — como lo pedía el jefe de la gavilla desde «La Protesta» — entre el anarquismo y las uñas sucias de tales parásitos.

Es, ciertamente, desdoroso descender hasta este terreno, pues se sirve mejor al ideal empleando las armas más nobles; pero se trata de verdaderos enemigos de las ideas y es necesario que se les conozca en toda su traza. Y es preciso también que se recuerde, para los que lo han olvidado, y para los que no lo han aprendido, que los anarquistas deben observar una conducta de tales en todos los momentos, ser consecuentes en una palabra. Que el anarquismo no es el catolicismo, donde los frailes aconsejan la abstinencia mientras ellos comen a dos carrillos. Los tabajadores organizados con bue-

nas intenciones deben rechazar de su medio a esos predicadores que no observan una conducta paralela con su prédica; a un Edmundo Latelaro, por ejemplo, que desde la tribuna se «come» a los vigilantes con sable y todo, para ser el primero en disparar llevandose a los compañeros por delante cuando aquellos aparecen; a un Huerta, que organiza sindicatos de corte dictatorial y que luego es el primero en violar los acuerdos de asamblea. Individuos así no andarian ni cuatro dias con las costillas sanas si ciertos núcleos de obreros no fuesen verdaderos rebaños.

Y bien, anarquistas: si anhelamos que las ideas sigan su verdadero derrotero hacia la meta deseada, si queremos que la Revolución Social sea un dia algo más que una palabra fuerte que asusta burgueses, propongamonos la destrucción de todo lo que obstruye la marcha del anarquismo, combatamos sin contemplaciones a todos los sectores en que se divide el enemigo. Pero previamente, como medida higiénica destruyamos el forismo y habremos logrado la salud del anarquismo. El forismo, repitámoslo, es una pústula, y mientras éste subsista, ese cuerpo de doctrinas que es nuestro Ideal no podrá exhibirse en toda su belleza para admiración y adhesión de la humanidad doliente.

HECTOR MARINO.

se orina de gusto en «La Prens» del 25 del pasado mes, comentando el Código soviético por su precisión en la manera de prevenir los delitos, su modo de castigarlos y demàs condiciones inherentes al derecho penal que lo informan y lo presenta como un monumento bien acabado de legislación preventiva y represiva.

He ahí otro ejemplo no desdeñable para el mundo capitalista del genio bolchevique, llamado a prolongar un poco màs la vida del régimen actual, decrépito y canceroso.

De la vida grotesca

EL ANIMAL POLITICO

Si Sarmiento resucitara, que esos milagros ya no ocurren desde que el demonio de la incredulidad se metió dentro del alma de las gentes, y se diera una vueltecita por este su solar nativo, podría advertir como había perdido lamentablemente su tiempo cuando se propuso desbarbarizar a sus paisanos, implantando escuelas. La cultura no ha cambiado màs que superficialmente la idiosincracia del animal humano, cuya psicologìa esta representada típicamente por el ejemplar màs bruto: el político

Vienen estas consideraciones a propósito de los acontecimientos sin solución de continuidad que tienen por teatro a esta villa de tierra adentro, donde la civilizaciòn no ha desalojado a la barbarie, pese al empeño del intrépido sanjuanino en señalar su origen y flagelar con frase lapidaria a sus màs notorios exponentes: los caudillos bravos de la política gaucha.

Depuesta una oligarquía troglodita, después de haber llevado el terror a todas partes donde hallare un obstáculo por insignificante que fuese, a su frenesí absolutista y demagógico, la cultura urbana asumió el poder. Y por cierto que se está luciendo... La ciudad y el campo se complementan en modalidades primitivas. He ahí como el tiempo se encarga de poner en solfa la tesis de Sarmiento, que atribuia los desaguisados del caudillaje a una lucha entre la barbarie rural y la cultura metropolitana, porque no se detuvo a observar— mentalidad de su tiempo al fin— que el tipo político informa una misma tendencia en todas partes, como cultor que es de las pasiones inferiores propicias a nuestros antecesores ancestrales.

No es preciso corroborar esta aserción anotando los ininterrumpidos espectáculos que aquí constituyen el episodio trágico de todos los días, desde hace muchos años, a cargo de las formas políticas, pues son del conocimiento público.

Para nosotros anarquistas, nada importan las razones que determinan esa orgía de sangre. Con sus hocicos se la beban los animales que en ella se solazan.

Lo que nos importa de verdad, es la pereza incurable del otro animal para darse a pensar en su aciago destino, bajo la garra sangrienta del animal político, que al fin de cuentas nunca se devora a sí propio y le queda tiempo y energías de sobra para acometer al más pequeño, o, en este caso, al más estúpido.

Hemos aludido al pueblo que trabaja y sufre.

SILENCIO EN LA CHARCA

Ni un eco a producido el ranón de la charca máxima, para alborotar su cotorro de ranas, ávidas de responder, con sus ruidoso croar a cuantos actos son llamadas en defensa de los fueros de la especie.

Seremos claros. Nada de circunloquios ni vaguedades cuando se trata de batracios tan impertinentes, e impenitentes, propensos a las exteriorizaciones bulliciosas para espantar... su propio espanto.

Nos referimos a la actitud «silente» del director de «La Protesta» ante nuestra denuncia concreta y categòrica de la última estafa perpetrada en el Consejo Federal de la F.O.R.A. por su tesorero Borrego para terminar la construcción de su casita, pues este borrego no se asemeja a los otros, a los de patas cuatruplicadas, al parecer, màs que en su mansedumbre, una vez que no se conforma a vivir a la intemperie como ellos o en un modesto establo. Quería tener casa, propia como los burgueses, y como éstos entendió muy lógico adquirirla a costa de los trabajadores. Es verdad que tenía a favor un precedente inequivoco. Si el director del órgano referido, no tuvo escrúpulos de conciencia cuando compró la suya con dinero extraído igualmente del esfuerzo de otros, ni siquiera vaciló en desmentir categóricamente el postulado que le da de comer, consistente en repudiar el derecho de propiedad haciéndose propietario ¿para que iba a pararse en esas minucias el tesorero de la F.O.R.A. si al fin es un ente cualquiera, de esos que se recolectan por allí a los fines de llenar necesidades menores y no asumen responsabilidades más que ante quien los tiene a su servicio? Y ese los disculpa por adelantado, por aquello de que entre buenos bueyes no puede haber cornadas.

EJEMPLO NO DESDEÑABLE

El bolcheviquismo tiene un rico y abundante venero para vivificar las debilitadas concepciones autoritarias.

El señor juez de intrucción de la capital federal, doctor Artemio Moreno, cuya función desde luego excluye todo comentario en cuanto al aspecto reaccionario de sus ideas,

MANA

Era una perra grande, bastarda. Los bohemios la poseian desde su matrimonio, y habia visto nacer los cuatro niños, de los cuales el mayor tenía siete años.

Formaba parte de la familia; realmente, los bohemios la consideraban como una especie de pariente pobre obligada a prestar todos los servicios posibles.

Nada faltaba a su papel; se la amaba y se la maltrataba, se la injuriaba y se la consultaba.

—Si tomáramos de preferencia este camino, ¿eh Maná?—se le preguntaba seriamente.

Maná, atada al carromato, daba su opinión: ladrando para consentir, dando vuelta la cabeza con aire huraño para disuadir, según misteriosos indicios olfateados en el aire.

Habia esta ventaja: si las cestas, canastas y jardineras no se vendian en los pueblos atravesados, se sabía con quien la emprenderian:—Es por culpa de esta imbécil.

Las disputas del matrimonio concluian siempre sobre el lomo de la perra: consciente, por otra parte, de su deber y amiga de la buena armonía, iba expresamente a interponerse entre el marido y la mujer hasta que llevaba bajo el carro los puntapies necesarios a la reconciliación conyugal.

Guardiana terrible, tenia la fuerza y bravura de combatir victoriosamente a muchos hombres unidos.

Su cargo preferido era el de vigilar, cuidar y proteger a los niños; superior a una nodriza, les servia, además, de juguete y de sufrelotodo; ¿como jugar con un animal vivien sino atormentándolo? En ese ferviente deber, sus virtudes inalterables, inmensas hasta lo sublime, habian tomado todas las apariencias humanas.

Una vez por año, por un interés comercial, se le permitia ser fecunda. Cuando sus pequeños estaban ya vendidos, lloraba silenciosamente aparte, como una persona mayor, y durante semanas jugaba, trabajaba, pastoreaba con la misma abnegación de antes, pero sus ojos conservaban una tristeza parlante, inconsolable.

Ese año, en la primavera, las continuas lluvias hicieron un gran perjuicio a los nómades.

***

Un dia se encontraron en la más completa privación, detenidos en un camino, lejos de toda habitación, por la ruptura de un eje de la calesa. La mujer no habia podido colocar ninguno de sus articulos de mimbre, los niños habian mendigado sin resultado, ninguna cosecha en los campos ofrecia su presa al merodeo, y los pequeños de Maná mamaban aún.

Se podia ayunar cierto tiempo, pero se necesitaba absolutamente dinero para pagar los servicios de un carretero.

Y he aquí que aparece en el camino un cazador de cara flaca, coloreada de una expresión jovial faunesca; era alto, con largas piernas calzadas con polainas de cuero leonado. Su perilla roja y sus vestiduras color herrumbre lo hacian asemejar a alguna antigua imagen de Mosén Satán.

Maná, rodeada de sus pequeños que retozaban, estaba atada a un árbol por una gruesa cadena; dirigió un gruñi- al cazador que marchaba sin precaución silbando un estribillo.

Este, sorprendido, se detuvo examinando al temible animal y su progenitura. Bruscamente, dió una gran carcajada.

—¡Eh, hombre!, ¿a cuánto los perritos?

—Diez francos la pieza.

—Bueno. Escuche: quiero ensayar un pasatiempo muy curioso, del que he visto el ejemplo en una feria, en el extranjero; se trata de matar a los pequeños, a tiros, ante los ojos de la perra. Espere, déjeme hablar: usted tiene justamente los útiles necesarios; encerraremos a las victimas debajo de esa jaula de pollos, colocada junto a distancia para que la perra, en sus saltos desordenados permanezca separada un centimetros apenas. Y espere: por los cuatros, en vez de cuareta francos, le doy el contenido de mi bolsa, cuatro luises

Los nómades, el hombre, la mujer los niños clamaron contra un divertimiento tan bárbaro. En ese instante sentian profundamente su afección por Maná que gemía de inquietud como si la crispación de las fisonomías le hubiera advertido al punto un peligro.

El cazador era un original; su placer aumentaba con la desesperación de la familia; se encaprichó y, como tenian tanta necesidad de ese dinero inesperado, concluyeron por aceptar sus condiciones. El bohemio se decidió súbitamente y recibió las piezas de oro con una singular sonrisa de burla, a la cual el feroz «amateur», sin razón, no acordó mayor atención que a las palabras de piedad.

La atadura de Maná fué verificada cuidadosamente y los perritos fueron encerrado debajo de la jaula de escotila. La perra lanzó una amenaza terrible y tiró su cadenas, lo que permitó marcar la distancia buena: la punta de su nariz rozaba el miembre.

La mujer corrió a encerrarse en la calesa tapándose las orejas a fin de no ver o no oir.

El cazador armó su fusil.

—¡Espere! ¡Espere! — gritó el bohemio.

Fué hacia sus chicos, agrupados a algunos pasos. Sin una palabra tomó al mayor, lo llevó cerca de la calesa y le ató sólidamente los pies y las manos. Prudente precaución, pues el niño apretaba en su puño grandes piedras, de las que sabía hacer un peligroso uso con una habilidad de salvaje.

La espantosa ejecución duró largo rato. El cazador, queriendo tirar desde muy lejos, erró varias veces a los perritos, que se agitaban llamando a su madre; se esperó, así mismo que a falta de municiones se vería forzado a perdonar uno; pero justamente, mató el último con su último cartucho.

Maná daba verdaderamente un es-

pectáculo de una belleza aterradora. Los pelos completamente erizados, echando espuma, mientras el cazador apuntaba, exhalaba una sucesión de gritos, de estertores de sollozos, que pertenecían al lenguaje humano, y tenía asimismo, una expresión humana en sus ojos llorosos y en el temblor de sus carrillos. Una mujer enloquecida no hubiera suplicado mejor: «¡No! ¡no! ¡Deténgase! ¡Por favor!»

Luego, fué el paroxismo de la rebelión y del esfuerzo: saltos furiosos, ciegos, de animal que quiere destrozar todo, que quiere matarse, que quiere alcanzar al enemigo. Luego un aullido siniestro: «¡Ahouh!», prolongándose a lo lejos en el campo, de tal manera, que los niños y la mujer, arponados en las extrañas, se veían forzados a repetirlo a cada tiro: «¡Ahouh!»

—¡Qué animal admirable! Es una tigra, es una leona — dijo el cazador después de haber vuelto a poner su fusil en la bandolera.

—¿Le parece? — dijo con burla el ambulante. — En todo caso, usted ha concluído; he cumplido las condiciones y estamos a mano, ¿no es cierto? Hizo una pausa y continuó con una mueca implacable:

—Pues bien, le aconsejo se escape, pues yo, ahora desato mi perra . . ¡Es mi derecho, supongo!

El cazador se estremeció, palideció y tartamudeó de terror:

—¡Qué! ¡Cómo! ¡Socorro! ¡Es un asesinato! Rápidamente, sus ojos feroces buscaron por todos lados un refugio: ninguna habitación en el horizonte. Pataleaba como si el suelo le desgarrara los dedos, y se tanteaba febrilmente, a pesar de la certeza de no tener más, ni dinero, ni cartuchos.

—Yo . . . voy a firmarle un papel. . . cien francos . . mil francos.

—No — dijo el bohemio inquebrantable — ya estoy harto de su dinero, y usted me ha enseñado a no ceder.

Maná daba vueltas al final de su cadena, con un rugido de rencor impaciente.

El cazador saltaba, se arrancaba los cabellos, trataba de arrimarse al bohemio. Este las cejas fruncidas, pronunció una palabra definitiva:

—¡Pues bien! Escuche mi sola concesión: le dejo tomar trescientos metros de ventaja, hasta la vuelta, allá abajo pero, corra bien . . . ¡Ah! ¡ah; ¡corra bien! Y bien, ya es bastante y no espero más.

La hesitación no era posible: el cazador habiendo lanzado una última mirada de horror sobre el animal, irritado, se abalanzó como un loco.

Cuando hubo tomado su ventaja, Maná, suelta, partió en su persecución a saltos enormes que levantaban polvo.

Los bohemios, subidos sobre su calesa, vieron muy pronto disminuir el espacio entre los dos corredores, y oían, al mismo tiempo, la voz formidable del animal volverse de más en más aguda, frenética y semejante a los estertores feroces de la ralea.

El fugitivo también notaba la aproximación y se sentía perdido. Entonces sin dejar de correr, empezó a dar, igualmente gritos de animal. Eso era un aullar fúnebre, insensato, tan espantoso, que un chicuelo que estaba sentado cuidando carneros quiso escaparse; saltó de lado y cayó en un foso profundo, que bordeaba el camino.

En el mismo instante llegaba la perra, apenas separada de su enemigo por algunos metros: cambió de voz tan rápidamente y tan claramente como si hubiera sido precipitada en un hormo, y rodó por el suelo, por el efecto de su carrera cortada, como si un tiro la hubiera herido mortalmente.

Se levantó aullado al ser fracasada por un invencible e infranqueable obstáculo; era preciso perdonar al matador de sus pequeños! ¡Era preciso! ¡No podía más avanzar; ¡No podía dejar que la hubiera obligado a pasar, ninguna barrera al niño sin socorro: no había fuerza en el mundo que la hubiera detenido mejor!

Inmediatamente se echó al agua, agarró al niño, y lo izó sobre la hierba. Le lamía, jadeante, su frente para librarlo de los cabellos caídos hasta los ojos, le lamía la cara, tiraba sus vestiduras y sus brazos.

Cuando estuvo en pie, tuvo una vaga mirada en la dirección en que huía el cazador, y, rápidamente, se volvió hacia sus niñitos del carromato, hacia su esclavitud y su pena, con la inquietud de los accidentes y el remordimiento de haber abandonado su servicio, con pequeños gemidos humanos de dolor y de amor. LEÓN FRAPIE.

—•o•—

LLAGAS SOCIALES

Una de las verdaderas llagas que van corroyendo lentamente el cuerpo social es el alcoholismo.

Sería prolijo el querer enumerar en una breve reseña los estragos que este infernal veneno causa en los desgraciados que se entregan de una manera incondicional en sus estupefacientes efectos. No obstante, diremos algo de lo que a nosotros nos parece tan solicitado estimulante, por los funestísimos males que a diario acarrea entre las clases trabajadoras.

Es perfectamente inútil esforzarse en establecer distinciones entre lo que debe considerarse como «abuso» del alcohol. Si éste es un veneno, cosa suficientemente demostrada, hay que convenir abiertamente, en que todo uso por muy moderado que sea, exceptuando aquellos casos en que se busque su acción como medicamento, ha de constituir un verdadero «abuso»; porque si los efectos perniciosos del alcohol son proporcionados, ciertamente, a la cantidad del veneno, no es menos cierto que en calidad, en su esencia, son siempre los mismos; es decir: muy nocivos si la cantidad ingerida es muy grande, poco nocivos si esa cantidad es pequeña; pero llegamos a la elemental conclusión de que en una u otra forma, siempre lleva consigo sus partículas de nocividad, ya se administre bajo la forma del vino más natural y más puro, o bien bajo la forma del alcohol absoluto obtenido por síntisis en el laboratorio.

Llevados ya al terreno lógico de nuestras apreciaciones nos atrevemoe a afirmar, que constituye una candidez o una supina ignorancia, el sostener, como siempre se sostiene para justificar su uso, que siempre que de alcoholismo se trate, es necesario separar a un lado todos los llamados vinos naturales. Mas no hay tal cosa. Según lo han demostrado eminencias científicas en esta materia, todos los vinos por muy naturales que sean contienen alcohol etílico en la suficiente cantidad para que su prologado uso haya de producir necesariamente fenómenos más o menos acentuados de intoxicación alcohólica.

El organismo humano, en pefecto estado de salud, no necesita de ningún estimulante químico de ninguna especie, para desarrollar al máximo sus actividades vitales. Aunque somos legos en esta materia, creemos que en los estados de enfermedad, y con muchas y muy interesante limitaciones, podrán necesitarse esos estimulantes; pero siempre por un espacio de tiempo limitado. He aquí pues que la fisiología condena en absoluto el alcohol, y la terapéutica lo limita considerablemente.

La verdadera profilaxis del alcoholismo, por muy radical que hoy parezca esta medida, debe tender a que desaparezca de las costumbres sociales el uso inadecuado del citado veneno, ingerido como cosa corriente en las bebidas alcohólicas.

Para mal de unos y otros, no faltará quien diga que eso es una utopía. Hoy, y mientras la humanidad se encuentre en las actuales condiciones, quizá sean utópicas nuestras apreciaciones sobre este tema pero nos queda la indestructible satisfacción de que con el tiempo, factor elocuentísimo, y con la ayuda de una vasta cultura, llegaremos a desterrar tan erróneas creencias. Mientras tanto, habremos de contentarnos con ayudar a reducir progresivamente el número de consumidores de alcohol bajo distintas etiquetas, y de esta manera disminuirá también la enorme intensidad de su funestísima y devastadora intoxicación.

A. LARREA.

De nuestro ambiente

DETENCIÓN DE OBREROS

La Sociedad de Artes Gráficas de San Juan, que desde hace varios meses atrás viene desarrollando actividades tendientes a dejar totalmente reorganizado el gremio, con bastante éxito, ya que los reaccios son muy pocos y tendrán forzosamente que engrosar las filas de los luchadores porque las circunstancias los obligarán, ha tenido en las mazmorras policiales a varios de sus socios. Injustamente la policía privó de su libertad por espacio de seis días a diez obreros gráficos, los que sufrieron el irritante trato policial hacinados en un malholiente calabozo albergado por más de setenta individuos, que dado la calor reinante tornaba insoportable la permanencia de seres humanos en tan gran cantidad y tan sucio alojamiento.

La policía en tren de persecución contra los aprovechados cantonistas, quienes como es público y notorio, cargaron con todo lo que sus insondables tragaderas pudieron engullir tomando la cosa pública como propia, con gran rabia de sus adversarios políticos y rivales en piraterías, penetró como Perico en su casa, a los talleres gráficos donde se editaban dos diarios defesores del cantonismo, deteniendo a toda la gente de mal vivir que se encontraba en ese momento allí, algunos esperando órdenes del cacique que como se sabe tiene al lado instalada su guarida, y otros, los lacayos de la pluma, escribiendo ditirambos de esos que tanto agradan al susodicho personaje, y cometiendo la torpeza de confundir a los únicos dignos de respeto, los obreros, con esa recua de aventureros de la política. No sólo no hicieron distinción entre los obreros y los amanuenses de Cantoni, sino que uno de esos parásitos con título de oficialillo del ejército, aplicó un puntapie a un obrero porque se le ocurrió que no se daba presteza en ejecutar las órdenes que impartía. . . El caso es que los días de calabozo y las contingencias que trae aparejada una detención tan injusta y torpe como la que nos ocupa, no se paga con el formulismo de unas disculpas pedidas por el que recibió declaración a esos compañeros, víctimas de los odios bastardos que los frailes de la política crean entre sí, ya que su condición de explotados no les permite elegir patrones. . .

UN GRÁFICO

Hay que terminar con esa plaga

Ciertos individuos pertenecientes al Sindicato de Mozos de San Juan, rastreros, miserables y vituperados lacayos, de esos que viven prendidos a los genitales de los políticos oportunistas, por inútiles para cosas mejor, han dado una publicación a la prensa local, con toda la mala fe que albergan en sus almas corroídas por vicios y prejuicios ancestrales, dando como obra del Sindicato de Mozos un seudo comité político de filiación «peludista» que dicen dejaron constituído en una asamblea ad hoc.

Han mentido como prostitutas, y así lo ha hecho saber el citado sindicato en un desmentido dado a la publicidad. Pero eso no es suficiente; hay que terminar con esa recua de canallas que han tomado los organismos obrero por el pito del sereno y quieren medrar a su amparo. Recuérdese lo que hicieron esos mismos individuos cuando estaba en el poder el bandido Cantoni: echar por tierra el Sindicato y amenazar hasta de muerte a los más dignos incluso condenarlos al hambre por que tuvieron la valentía de no agachar la cabeza para rendirle pleitesía al hampón jefe del malevaje depuesto. Hoy están con los peludistas por que son así de serviles y sinvergüenzas.

Hay que terminar con esa plaga, que es la peor que padece el movimiento obrero local. El Sindicato de Mozos si quiere conservar su salud moral debe echar a patadas a esos truhanes, chupamedias y lameculos.

CONFERENCIAS

Se han celebrado dos conferencias durante la quincena que fenece, en Trinidad.

La primera en Tucumán y Moreno el jueves 17, y la segunda en Mendoza y Palma el viernes 18.

Se habló de la libertad de Radowitzky, de nuestras ideas y se atacó duramente a los políticos que actualmente en la provincia están dando la nota más escandalosa, para demostrarle a los oyentes lo que son unos y otros: un atajo de canallas.

La concurrencia en ambos actos numerosa mostró satisfacción por las atinadas consideraciones que hicieron los varios camaradas que hablaron.

F. O. P. S.

De acuerdo a la resolución anunciada en el número anterior, damos a publicidad la nómina de deudores a la tesorería de la Federación.

Segundo Rivero $ 3.—, Federico Cruz 12.—, Juan Merlo 12.—, Elías Tobares 6.—, Horacio Oro 22 47, Manuel Alba 10.50, Pedro Paez 4 —, Carlos Aguirre 5 50, Humberto Aguirre 72.50 y Ernesto Zalazar 2 —

EL CONSEJO PROVINCIAL.

Salvando un error

Al copiar el balance de VERBO NUEVO del libro de tesorería, publicado en el número pasado, se omitió la cantidad $ 37.04 déficit anterior, siendo por lo tanto el déficit al cerrar el citado balance 66.74 en lugar de 29.70 como figuró.

EL ADMINISTRADOR.